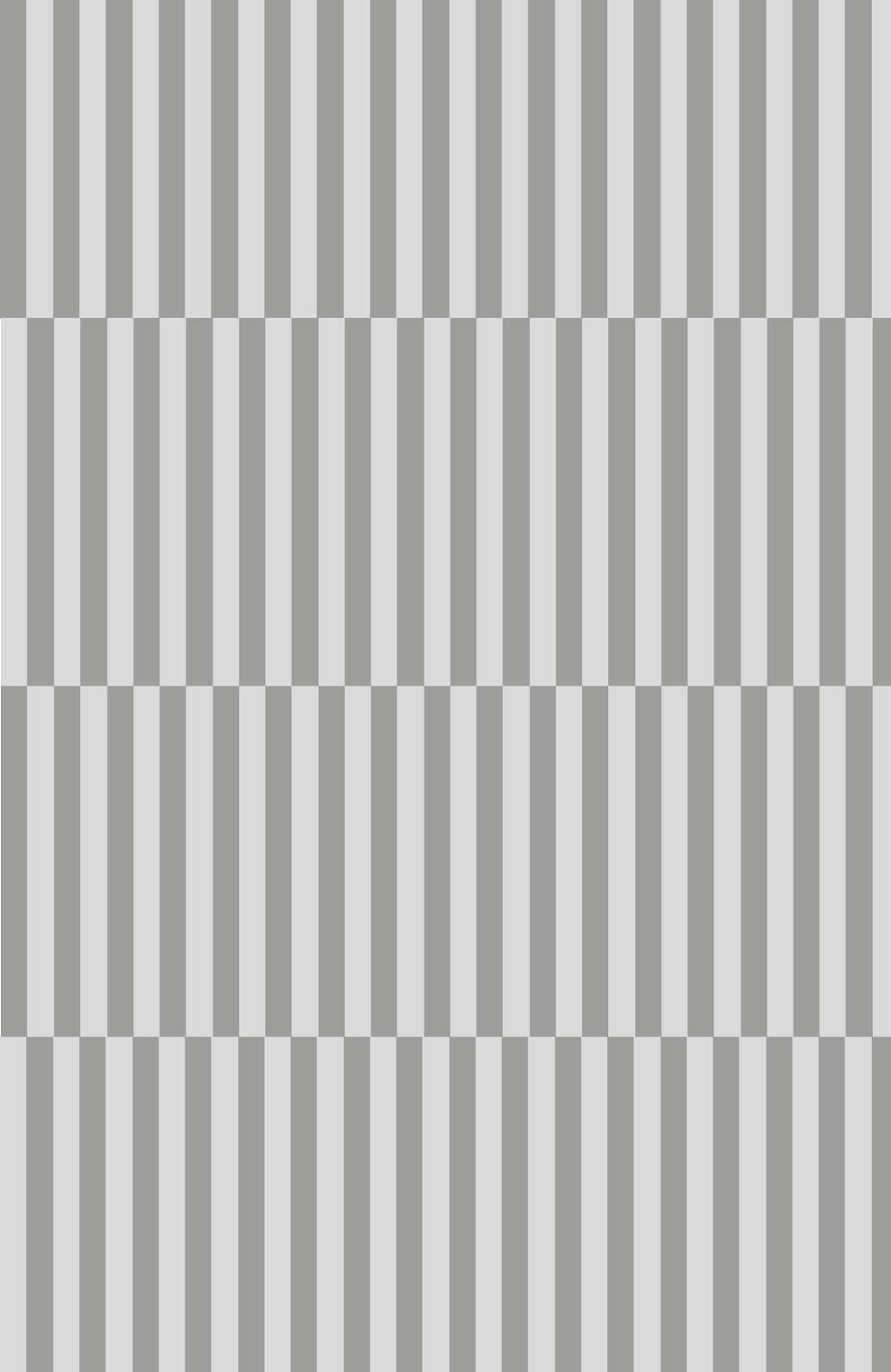


Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

**António
Lobo Antunes**

2008





Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

■ **António Lobo Antunes**
2008



Marco Antonio Cortés Guardado
RECTORÍA GENERAL

Miguel Ángel Navarro Navarro
VICERRECTORÍA EJECUTIVA

José Alfredo Peña Ramos
SECRETARÍA GENERAL

Dulce María Zúñiga
DIRECCIÓN DE LA ASOCIACIÓN CIVIL
DEL PREMIO DE LITERATURA LATINOAMERICANA
Y DEL CARIBE JUAN RULFO

Raúl Padilla López
PRESIDENCIA DE LA FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Nubia Edith Macías Navarro
DIRECCIÓN DE LA FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA

Ruth Padilla Muñoz
DIRECCIÓN GENERAL DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Albert Héctor Medel Ruiz
SECRETARÍA ACADÉMICA DEL SISTEMA
DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Lilia Mendoza Roaf
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN Y EXTENSIÓN
DEL SISTEMA DE EDUCACIÓN MEDIA SUPERIOR

Jesús Arroyo Alejandro
RECTORÍA DEL CENTRO UNIVERSITARIO
DE CIENCIAS ECONÓMICO ADMINISTRATIVAS

José Antonio Ibarra Cervantes
CORPORATIVO DE EMPRESAS UNIVERSITARIAS

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
DIRECCIÓN DE LA EDITORIAL UNIVERSITARIA

Sayri Karp Mitastein
COORDINACIÓN EDITORIAL

Cuidado editorial:
Jorge Orendáin

Diseño original de portada e interiores:
Claire Castillo Montenegro

Formación y tipografía:
Sol Ortega Ruelas

Caricatura:
Jorge Salazar (Jors)

© Receta para leerme, Retrato del artista joven
II, Día de San Antonio, Sobre Dios; Antónío
Lobo Antunes.

Primera edición, 2008

D. R. © 2008, Universidad de Guadalajara

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978 607 450 003 5

ALFAGUARA

D. R. © 2008, Santillana Ediciones Generales,
S. A. de C. V.

Av. Universidad 767
Colonia del Valle
03100, México, D.F.
www.alfaguara.com.mx

ISBN

Noviembre de 2008



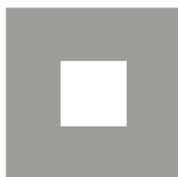
Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

**António
Lobo Antunes**

2008





Índice

- 9** Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances
- 13** António Lobo Antunes
- 15** António (y Lobo Antunes)
Mariño González
- 25** Un buda en patines
en el culo del mundo
Margarita Alfaro
- 33** **Muestra de obra**
- 34 Receta para leerme
- 37 Retrato del artista joven II
- 40 Día de san Antonio
- 43 Sobre Dios





Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances



El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento a los escritores cuya lengua de expresión artística sean las lenguas romances.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances consiste en 150 mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, que representan diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, librerías, críticos y escritores.

La Asociación Civil del Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo fue fundada por las siguientes instituciones:

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.

- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.



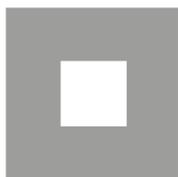


Acta del jurado

El día 7 de septiembre de 2008 se reunió en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, el jurado calificador de la XVIII edición del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, correspondiente al año 2008, integrado por María Luisa Blanco, de España; Franc Ducros, de Francia; Efraín Kristal, del Perú; Gerald Martin, del Reino Unido; Lucía Melgar, de México; Vicente Quitarte, de México; Doris Sommer, de Estados Unidos. Habiendo examinado las candidaturas que se presentaron al premio así como las propuestas de los propios miembros del jurado, éste decidió, tras cuidadosa deliberación, conceder el galardón, por unanimidad, al escritor portugués António Lobo Antunes.

Firmantes:
 María Luisa Blanco
 Franc Ducros
 Efraín Cristal
 Gerald Martin
 Lucía Melgar
 Vicente Quitarte
 Doris Sommer





António Lobo Antunes

Es licenciado en medicina, con especialidad de psiquiatría. Entre 1970 y 1973 participó en la última fase de la guerra de liberación colonial de Angola, que ha sido tema recurrente en muchos de sus libros. Actualmente vive en Lisboa y se dedica exclusivamente a la literatura y el periodismo.

António Lobo Antunes es uno de los autores más originales y creativos de la literatura contemporánea en lenguas romances. Su obra se caracteriza por una exploración de las potencialidades expresivas de la palabra, y una profunda reflexión sobre la complejidad de la experiencia interna de los seres humanos, en el marco de la violencia, la lucha anticolonial y la transición política de Portugal. La densidad de su prosa con inflexiones poéticas, la polifonía de voces encontradas que se entrecruzan en sus novelas, lo han hecho creador de un estilo personal que ha dialogado intensamente con la literatura latinoamericana y con autores como William Faulkner, Joseph Conrad y Fernando Pessoa, todos los cuales aparecen transformados y fundidos en una escritura que exige una participación activa y emotiva del lector.

OBRA PUBLICADA

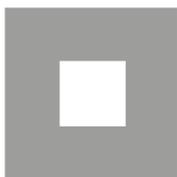
- *Memoria de elefante* (1979)
- *Fado alejandrino* (1983)
- *Auto de los condenados* (1985)
- *Las naves* (1988)
- *Tratado de las pasiones del alma* (1990)
- *El orden natural de las cosas* (1992)

- *La muerte de Carlos Gardel* (1994)
- *Crónicas* (1995)
- *Manual de inquisidores* (1996)
- *Esplendor de Portugal* (1997)
- *Exhortación a los cocodrilos* (1999)
- *No entres tan de prisa en esa noche oscura* (2000)
- *En el culo del mundo* (2000)
- *¿Qué haré cuando todo arde?* (2001)
- *Segundo libro de crónicas* (2002)
- *Diálogos* (2003)
- *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* (2003)
- *Yo he de amar a una piedra* (2004)
- *Mi nombre es legión* (2007)
- *Cartas de la guerra* (2007)

PREMIOS

- Premio Rosalía de Castro del PEN Club gallego (1988).
- Gran Premio de Novela de la Asociación Portuguesa de Escritores (1999).
- Premio de Literatura Europea del Estado Austríaco (2000).
- Premio de la Unión Latina de Escritores (2003).
- Premio Ovidio (2003).
- Premio Fernando Namora (2004).
- Premio Jerusalén (2005).
- Premio Iberoamericano de Letras José Donoso (2006).





António (y Lobo Antunes)

Mariño González

*Siempre que alguien afirma
que ha leído un libro mío,
me quedo desilusionado por su error.
Ocurre que mis libros no están hechos
para ser leídos en el sentido
en el que se suele hablar de leer.*

ALA

Memoria e imaginación. Biografía y literatura. Pensamiento y obra. Cuando se habla de António Lobo Antunes es pertinente, siempre, considerar las palabras con las que el escritor portugués respondió a la periodista española María Luisa Blanco:¹ “António Lobo Antunes es otro; yo soy António.” El primero suele ser el nombre que aparece en las portadas de *Fado alejandrino*, *Esplendor de Portugal* y *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo*, entre muchos otros libros. El segundo es el joven que vivió en carne propia la guerra en Angola y sus consecuencias, el psiquiatra que hace 23 años, en 1985, cuando obtuvo el Gran Premio de Novela de la Asociación Portuguesa de Escritores, decidió dejar la carrera médica para dedicarse en cuerpo y alma —y en su caso no es una exageración— a la creación literaria.

Lobo Antunes es quien recibe los galardones (en su carrera acumula bastantes y, a estas alturas, es ya un lugar común decir que cada año suena como uno de los candidatos más fuertes para el Nobel de Literatura); el que acude a las presentaciones de sus libros

¹ Blanco, María Luisa. *Conversaciones con António Lobo Antunes*, Random House Mondadori, 2005, Barcelona, España.

y charla, de vez en cuando, con los reporteros. António es quien, todavía hoy, lejano —pero no ajeno— al éxito que ha cosechado con sus obras, escribe todos los días, sin importar la hora o el lugar en el que se encuentre, y se enfrenta con humildad, y pasión, a la hoja en blanco. António y Lobo Antunes, sin embargo, no son tan diferentes: su vínculo es la palabra escrita y el conflicto es compartido:

El problema para mí es, siempre, escribir. Escribir es muy difícil y estás cierto que no sabes nada de lo que vas a escribir. Hay miles de maneras de [cambiar la escritura] y encontrar tu voz personal. A mí no me interesa. Lo que yo quería era poner la vida entre las cubiertas de un libro.²

De alguna manera, el narrador galardonado con el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2008 ha logrado más que eso: la vida —la carne hecha palabra y la sangre fluyendo, retórica, en las venas de sus personajes— está contenida no entre las cubiertas de un solo libro, sino en las de su obra completa. Y nunca es tarde para sumergirse en ese universo vibrante, a veces nostálgico y a veces alegre, que palpita en las miles de páginas que ha escrito.

Nada mal para alguien que no creció en un entorno favorable al oficio literario.³

António

Dice António Lobo Antunes que de su abuelo heredó el gusto por

² Palabras del autor a los reporteros reunidos en Guadalajara, el 8 de septiembre de 2008, al anunciarse el fallo del jurado que le concedió el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2008.

³ Al respecto, durante su participación en la XX Feria Internacional del Libro de Guadalajara, el escritor contó: “Mi abuelo, que era un militar como todos, al que no le gustaban los libros, me mandó llamar cuando supo que leía y escribía. Y me preguntó si era maricón”.

sentarse, callado, a mirar. La única diferencia es que el padre de su padre lo hacía en el jardín: "Como no tengo jardín lo hago en casa, en los bancos de la calle, en los parques, en los centros comerciales." La frase —y la historia completa— está contenida en el *Segundo libro de crónicas*⁴, uno de esos gratos volúmenes en los que el escritor portugués trasluce su propia vida —la de António— y brinda la oportunidad de que los lectores se involucren con el proceso literario que alimenta sus días. Y que revelan, sobre todo, que Lobo Antunes es, como su abuelo, un observador.

Pero vayamos con calma.

António Lobo Antunes —repiten y repiten las solapas de sus libros— nació en Lisboa en 1942, estudió medicina y se especializó en psiquiatría. Sirvió a su país durante la guerra de Angola y es considerado —en una de esas extrañas coincidencias entre críticos y lectores— como uno de los autores vivos más importantes de la literatura contemporánea (así, sin que medien fronteras o barreras idiomáticas). En sus novelas, es cierto, están algunos de sus rasgos biográficos, pero es en sus crónicas, en sus colaboraciones periodísticas, donde asoma no el Lobo Antunes de las portadas, sino el António de Lisboa, el ex soldado y el narrador que se enfrenta a sus recuerdos con toda la eficacia del lenguaje y explora, entre reflexiones sobre el quehacer artístico y la visión intelectual, los aspectos más hondos de la condición humana.

Lo mismo aplica para las entrevistas que María Luisa Blanco reunió en *Conversaciones con António Lobo Antunes*, donde, por primera vez, el autor de *Memoria de elefante desnuda*, en extenso, parte de su vida y afronta, a viva voz, la visión íntima —doméstica— del oficio literario que acompaña cada uno de sus pasos:

Si un día no escribo, me siento como si me hubiera vestido sin ha-

⁴ Lobo Antunes, António. *Segundo libro de crónicas*, Random House Mondadori, 2004, Barcelona, España.

berme duchado. Si no escribo, me invade una sensación de ausencia y de vacío profundo. Si no escribo, me invade un sentimiento de enorme culpabilidad que nunca he dejado de sentir.⁵

Entre otros méritos, el libro de María Luisa Blanco reviste una importancia única hasta el momento: la de encontrar, a partir del acercamiento con el autor y su vida cotidiana,⁶ las claves para leer el conjunto de sus novelas. Conocedora de la obra de Lobo Antunes, la periodista y especialista española (una de las mayores impulsoras de la candidatura del portugués para el finalmente obtenido Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2008) entiende la dimensión global de los relatos y aporta la relación directa entre el carácter lisboeta del narrador y su sintonía con la sociedad contemporánea.

O como ella misma señala en la introducción a *Conversaciones con António Lobo Antunes*:

Lisboa es una ciudad muy melancólica, aun queriendo huir del tópico es imposible sustituir el calificativo que cada uno de sus habitantes se empeña en reforzar. El portugués no se rebela contra el destino, hay en él una aceptación resignada de lo que el destino le depara. Así son la mayoría: callados, pausados, nunca estridentes, la sonrisa en lugar de la risa abierta, la cortesía, la discreción [...]. La obra de Lobo Antunes es, desde luego, universal, pero la atmósfera de sus libros, ese levantar acta de la inexorabilidad del tiempo y la caducidad de las cosas, respira en simbiosis con la melancolía portuguesa.⁷

Y si Lisboa es el epicentro, el destino o el origen de muchas historias de Lobo Antunes, la guerra —pero no precisamente

⁵ Blanco, María Luisa. *Ídem*.

⁶ Las charlas entre Lobo Antunes y María Luisa Blanco tuvieron lugar en Lisboa, entre abril de 2000 y febrero de 2001.

⁷ Blanco, María Luisa. *Ídem*.

las balas, la política, el odio— es un vecindario constante que se puede visitar en las páginas de sus libros. De su experiencia militar en Angola, el escritor portugués obtuvo, como él mismo lo ha dicho en numerosas entrevistas, el sentido de la disciplina y el valor, la camaradería, la comprensión de la amistad y, para el caso que nos ocupa, el germen de algunas de sus novelas más sobresalientes. Como ejemplo basta echar una ojeada al comienzo de *Fado alexandrino*, donde, precisamente, asistimos al reencuentro de un cabo conductor con la ciudad de origen tras su paso por el universo de la armada:

Y él pensó Estoy en Lisboa y en Mozambique, veo al mismo tiempo las casas del barrio pobre y los árboles del bosque, los jardincitos gotosos y las chozas devastadas por las ametralladoras, el pulpo con alegres brazos ansioso que nos llama y el enorme, gigantesco silencio que seguía a las emboscadas.⁸

La guerra, presencia constante de muchos de sus libros, es también un interés recurrente de la prensa y, por supuesto, de sus lectores. Así quedó claro en la visita que, entre noviembre y diciembre de 2006, hizo el escritor a Guadalajara con motivo de la XX Feria Internacional del Libro. En esta ciudad recordó, por ejemplo, su estancia en Angola, donde, dijo, “sólo la poesía de Víctor Hugo que nos leía un oficial a sus subalternos nos ayudó a sobrevivir”. Por esas mismas fechas, en una entrevista con el narrador y periodista tapatío Antonio Ortuño, Lobo Antunes fue más allá de los sucesos bélicos que marcaron su juventud y evocó sus lecturas, su actitud ante los grandes escritores y pintores de todos los tiempos, a quienes sitúa en un hemisferio opuesto al de la lucha armada:

No creo en concepciones nacionalistas en cuestiones artísticas. Me

⁸ Lobo Antunes, António. *Fado alexandrino*, Random House Mondadori, 2006, Barcelona, España.

mandaron a la guerra en nombre de los grandes conceptos abstractos: patria, honor, cosas así, y no creo en ellos. Pero mi país es el de Chejov, Beethoven, Velázquez. Si no es buen arte, no es mío. Y si lo es sí, porque me gusta. Yo he vivido fascinado por ese autor mexicano y portugués que es Joseph Conrad.⁹

Las consideraciones de António Lobo Antunes al respecto afloraron, de nuevo, dos años después, cuando el 8 de septiembre de 2008, en un enlace telefónico desde Portugal, con motivo del otorgamiento del Premio FIL de Literatura, explicó a los periodistas reunidos en Guadalajara —no sin antes aclarar: “Yo sólo soy escritor, no sociólogo ni político”— que “en la guerra nadie gana, todos pierden. Cuando termina te das cuenta de que nada ha cambiado y de que nada es igual. Son los políticos los que deberían hacer la guerra, no los jóvenes de 20 años”.¹⁰

Y Lobo Antunes

De *Memoria de elefante* a *Fado alejandrino* y de *La muerte de Carlos Gardel* a *Yo he de amar a una piedra*, la obra de Lobo Antunes es un torrente de historias y de ideas que tienen en común, siempre, la meticulosidad en el uso del lenguaje: el autor no sólo escribe: cincela las palabras y, de nuevo entre las tapas de sus libros, parece otorgarles significados únicos, en concordancia con la compleja y extraña vitalidad de sus personajes.

Al respecto, el 24 de noviembre de 2006, de visita en México, aseguró que su trabajo literario no tenía que ver con historias “ni tramas ni intrigas”, sino con la necesidad de “traducir los impulsos y sentimientos previos a la palabra”, porque, añadió: “Las palabras traicionan, son escurridizas: yo quisiera darles sangre

⁹ Citado por Antonio Ortuño en la entrevista publicada, el 25 de noviembre de 2006, en la páginas culturales del diario *Público-Milenio*, Guadalajara, Jalisco.

¹⁰ Citado por Édgar Velasco en la nota publicada, el 9 de septiembre de 2008, en las páginas culturales del diario *Público-Milenio*, Guadalajara, Jalisco.

y carne, escribir como si mi vida fuera un grito y mis libros un comentario a ese grito". Después vino la broma: "Como me dijo Mario Soares, el ex presidente de Portugal, hay dos tipos de uso del lenguaje: a los amigos se les dice siempre la verdad y a las mujeres y a la policía política se les miente siempre."

Más allá de chascarrillos, Lobo Antunes entiende que su trabajo está en cada una de las palabras que pueblan su obra y, así, es completamente comprensible la sentencia que, dicha por el escritor, es consignada por María Luisa Blanco en *Conversaciones...*: "Creo que los escritores, en general, no trabajan mucho sus libros, no los corrigen. Es una lástima, porque a veces es cuestión de una sola palabra, pero una palabra que puede ser fundamental". Y continúa:

A veces estoy leyendo a otros escritores, buenos escritores, y me dan ganas de ponerme a corregir su novela, no son correcciones importantes, pero el libro mejoraría mucho si las hicieran. No entiendo por qué, siendo buenos escritores, no trabajan bien sus libros. Quizá piensan que lo saben ya todo, y eso me asombra. Como también me asombra lo poco que saben de literatura. Los buenos críticos saben más de literatura que los escritores. Algunos editores también saben de literatura.¹¹

Con la visión del crítico, el sentido de un editor y el alma de un escritor, Lobo Antunes es capaz de analizar, con la eficacia de un verdugo, cada una de sus obras. Y es estricto. En numerosas ocasiones ha comentado que, como autor, siempre está en la búsqueda de la gran novela. Y de haberla encontrado, aventura, habría dejado escribir (y es aquí cuando los lectores aceptamos, de buena gana, su escrúpulo literario).

El portugués es el primero en advertir que sus novelas suelen ser difíciles para los lectores. Pero esta "dificultad" es pequeña y circunstancial: el cascarón que envuelve una obra estimulante,

¹¹ Blanco, María Luisa. *Ibidem*.

rica y centrada en el drama de las relaciones humanas. Todo bajo el crisol del estilista que es Lobo Antunes. No es sencillo, para decirlo pronto, entrarle a sus libros con la sonrisa del que entiende a la primera y aventura desde el comienzo los posibles derroteros de los personajes. Sin embargo, esto entraña un delicioso engaño, porque la confusión inicial es, a estas alturas, uno de los principales condimentos de sus obras de largo aliento.

Pero nadie lo dice mejor que el propio autor, en un artículo publicado por el diario español *El País*:

Los malentendidos con respecto a lo que hago derivan del hecho de abordar lo que escribo como nos enseñaron a abordar cualquier narración. Y la sorpresa proviene de que no hay narración en el sentido común del término, hay tan sólo amplios círculos concéntricos que se estrechan y aparentemente nos sofocan. Y nos sofocan aparentemente para que respiremos mejor. Abandonad vuestras ropas de criaturas civilizadas, llenas de restricciones, y permitíos escuchar la voz del cuerpo. Reparad en cómo las figuras que pueblan lo que digo no están descritas y casi no poseen relieve: ocurre que se trata de vosotros mismos.¹²

Como escollo, la aparente maraña de voces que da inicio a *Fado alexandrino* es pequeña. El fondo, la memoria y la visión afectada de cuatro ex compañeros de batalla (Mozambique y Lisboa detrás, siempre) dan forma a una historia que, entre voces monologantes, traza algunos aspectos sobre el carácter de Portugal y (aquí habría que decir "por tanto") del mundo. La mirada nostálgica que impregna sus casi 700 páginas también está en *La muerte de Carlos Gardel*, donde encontramos otro nodo en el puente literario tendido por Lobo Antunes: la ironía y el sentido del humor. El contenido al servicio de la forma (y un gran viceversa): todo trabajado a conciencia con la presión de las

¹² Lobo Antunes, António. "Receta para leerme", En *El País*, 10 de enero de 2002, España.

pocas horas del día:

Mi ritmo es infernal, trabajo doce horas diarias. Cuando viajo para presentar un libro y tengo que hacer entrevistas y todo eso que comporta su promoción, recupero el tiempo perdido por las noches y escribo hasta las dos o las cuatro de la madrugada. Me da igual estar en Alemania, en Austria o en España o que me levante muy temprano o estar cansado, yo tengo que escribir todos los días, lo necesito para no sentirme culpable.¹³

Una actitud que, como en la sinfonía literaria que plantea toda su obra literaria (y aquí habría que mencionar, a la altura de las novelas y a pesar del autor,¹⁴ sus crónicas y artículos periodísticos) integra la indiferencia por todo lo accesorio del entorno literario:

Hoy sería capaz de marcharme: las paredes de la casa se acercan, todo me parece tan pequeño, tan inútil, tan extraño. Escribir novelas. Publicarlas. Esperar meses por la nueva novela. Escribirla. Publicarla. Recibir telefonazos del agente acerca de contratos, de traducciones, de premios. Recibir las críticas de la editorial, largos rosarios de elogios sin nexo de quien no entendió y alaba sin haber comprendido. Salvo que sea yo el que no comprende.¹⁵

A final de cuentas queda claro que en António Lobo Antunes nada está ahí sin una razón: las historias de sus novelas, el recuerdo de la guerra (entre niebla), el recorrido ígneo de sus crónicas, su actitud hacia el éxito y la fama y la disciplina militar con que afronta el ejercicio de la escritura. El 8 de septiembre de 2008, el escritor portugués dijo a los periodistas congregados en Guadalajara que, a lo largo de su camino por los barrios de las letras, nunca ha

¹³ Blanco, María Luisa, *Ibidem*.

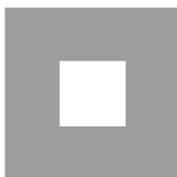
¹⁴ En más de una ocasión, en las *Conversaciones...* de María Luisa Blanco, António Lobo Antunes habla de sus crónicas y pequeños relatos como obras menores.

¹⁵ En *Segundo libro de crónicas*.

llevado prisa: "Ahora hay jóvenes escritores que quieren ser vistos el lunes, que el martes les digan que son buenísimos, ser publicados el miércoles y el jueves tener la gloria. Escribir no es eso. No se puede escribir pensando ni en el lector ni en la gloria. Para eso mejor ser cantante".¹⁶ El autor portugués camina en sentido contrario a ese ánimo velocista, con una congruencia que aglutina biografía y ficción y que demuestra, en cada uno de sus libros, que no existe Lobo Antunes sin António.



¹⁶ La misma opinión se halla en el libro de conversaciones de María Luisa Blanco, aunque con otras palabras: "Hoy los escritores jóvenes quieren que los leas el lunes, que los publiquen el martes, tener un éxito extraordinario el miércoles y el jueves ser traducidos en todo el mundo."



Un buda en patines en el culo del mundo

Margarita Alfaro

Amigos. Amantes. Astillas de niños en camino a ser hombres. Arcanos de políticos que sueñan a costilla de otros... todo lo que trasciende comienza con A, como esta novela.

Lobo Antunes nos marea con la letanía del borracho de la A a la Z. Pero no se trata de un borracho común, nos encontramos ante un médico de guerra que vivió entre "peces"; un portugués que fue enviado a los cuarteles de Angola porque no era el hijo de un político ni de la amante de un político; uno más de los muchos que, en los setentas, los gobiernos colocaron en el frente y juraron que harían hombres, pero volvieron en calidad de fetos y fueron recibidos con repugnancia, en el entendido de que a los soldados que pierden las batallas, les tocan todas las culpas, para que el resto del pueblo se libere y pueda regodearse orgulloso en la vergüenza o la pena:

"Vienen de Angola convencidos de que son unos grandes hombres, pero esto no es la selva."

"Siempre confié en que volverías del ejército hecho un hombre, pero contigo no hay nada que hacer".

"Todos vuelven así de África, pobrecitos."

Es innegable el alivio que produce echar la culpa a otro. En la guerra, como en la vida, siempre te librarás de responsabilidades tener a mano a un culpable; esto lo aprendemos pronto, desde que rompemos el adorno preferido de mamá o le quebramos la ventana a la vecina. En la clase, es posible que tardemos en designar al listo y a la bonita, pero rápidamente ubicamos al condenado o al grupo de irreverentes incautos que pagarán las facturas del grupo; porque

además, no es difícil, solitos se ponen en vitrina. Claro que es distinto ponerte a que te pongan, y a estos portugueses no les dieron a elegir, los empotraron en su base de soldadito de plomo y los empaquetaron con vía directa a los campamentos de África. Por eso se preguntan unos a otros cada cierto tiempo:

“¿Qué hacemos aquí?”,

“¿qué hacemos nosotros aquí?”,

“¿usted ya se lo ha preguntado qué es lo que hacemos aquí?”.

Son culpables, lo intuyen, por más que intenten ignorar a quienes los juzgan, pero también saben que, en todo caso, no son los únicos:

“Todos deberíamos usar tirantes para que el alma se nos cayese un poco menos sobre los tobillos”, dice el personaje central, y suelta con ello una verdad grandilocuente que Portugal disimuladamente coloca bajo la alfombra de un castillo a punto de demoler; al más puro estilo americano, que esconde los muertos de Irak bajo el tapete de “Bienvenidos” a la visita de la abuela.

En el culo del mundo es una historia de guerras, pero no tipo *El señor de los anillos*, en plan, montón de extras y maquillaje; no va por el *Oscar a los efectos especiales*; es una épica de diván, una guerra al interior del soldado para rescatar al humano que cualquier conflagración socava; es la guerra del soldado que se niega a ser borrado de la historia de su país, por su propio pueblo:

“¿Por qué cojones no se habla de esto?”, pregunta indignado y con razón, “comienzo a pensar que el millón quinientos mil hombres que pasaron por África no existieron nunca...”.

La historia está llena de batallas sin héroes, de gobiernos que conceden “pensiones de miseria a las mujeres de los soldados”. No hay mucha diferencia entre morir de un lado o del otro en una guerra; ningún muerto importa hasta que no se gana y si no se gana, entonces no pasó; no es digno de acotarse, no merece ni consideraciones: “¿Cree que alguien nos lo agradece? No”,

sentencia el teniente desesperado e insiste en que le inventen una enfermedad para poderse ir a casa "antes de que reviente... en la carretera, de la mierda que llevo dentro".

En el mundo entero es lo mismo, unos deciden la guerra, pero no van a ella; otros la llevan a cabo, porque alguien tiene que hacerlo, y muchos pensamos que esos otros no tienen conciencia porque disparan y matan a gente inocente. Este hombre nos explica: "Nosotros no éramos perros rabiosos cuando llegamos aquí... no éramos perros rabiosos antes de las cartas censuradas, de los ataques, de las emboscadas, de las minas, de la falta de comida, de tabaco, de refrescos, de cerillas, de agua, de ataúdes, antes de que una *berliet* valiese más que un hombre y antes de que un hombre valiese una noticia de tres líneas en el periódico, falleció en combate en la provincia de Angola, no éramos perros rabiosos sino que no éramos nada para el Estado de sacristía que se cagaba en nosotros y nos utilizaba como ratones de laboratorio"... y su sinceridad nos deja sin argumentos; brota de nuestros labios como de los labios del enfermero ante el primer muerto: "carajo, carajo, carajo". Grito de impotencia que no da consuelo: ¡CARAJO!, así, en mayúsculas, como deben puntuarse las cosas graves, dice el sargento;"MIERDA DE PAÍS DE MIERDA", sentencia el médico militar a su regreso a Lisboa, mientras "enciende el cigarrillo de la desilusión y de la rabia"; y hay tantos países en esta condición, aunque no invadan África, que no puede uno menos que solidarizarse y gritarlo en su interior mientras lo lee: "¡Mierda de país de mierda!, ¡Carajo!".

Esta historia nos deja así, indignados, desolados, tocados por la "estúpida ternura" de su personaje; nos saca de Plaza Galerías para arrojarnos al cuarto donde abusan de las adolescentes. Nos apaga el Ipod y confisca los celulares, para dejarnos en medio de la selva de concreto, reviviendo pesadillas de la selva de Angola, y permite que las exuberantes negras balanceen sus cuerpos frente a los hombres lobo, hasta que todo se mezcle y con la luna llena, salga del lobo probo el hombre que todo lo destroza, y presenciemos el abuso como los cómplices, fumando porros; entonces llega

la pregunta aguda: ¿Nunca tuvo ganas de vomitarse a sí mismo?; y es imposible abstraerse a ello, es imposible no evocar experiencias nacionales o personales vomitivas, situaciones que nos dejaron un sabor de boca amargo.

En lo cotidiano, solemos luchar sólo por las cosas que nos tocan de manera personal. Al grueso de nosotros le pasa de noche lo que le afecta al otro, y con este actuar irreflexivo, fumamos el porro de la indiferencia y permitimos que todo pase, mientras no nos pase. Por ingenuidad, por ignorancia e incluso, como dirían mis alumnos, por “pura malvibrosidad” instintiva, hemos sido parte de una injusticia o de un acto deshonesto alguna vez.

Decir que es fácil leer esta novela, sería mentir tanto como los políticos que en ella aparecen gritando “vivalapatria” y, sin embargo, vale totalmente la pena el esfuerzo, porque plasma lo que muchos no quieren oír: verdades incómodas. Últimamente parece que es mejor llenar nuestras vidas (y las de nuestros muchachos) de magia, de hechizos y de batallas de seres quiméricos en bosques con encanto europeo, y desde luego que los relatos fantásticos son entretenidos y necesarios, como son necesarias las películas domingueras y los bares; pero así como no podemos pretender que es adecuado pasar la vida dentro de un bar, tampoco podemos pretender que la cultura literaria de los jóvenes se limite a la fantasía.

En esta obra hay pasajes en los que basta con haber rebasado la pubertad para identificarse:

“¿Ha visto por casualidad cómo nos asustamos si alguien, genuinamente... se nos entrega, cómo no soportamos un afecto sincero, incondicional, sin exigir nada a cambio? A esos, a los Camilo Torres, a los Guevara, a los Allende... nos apresuramos a matarlos porque su combativo amor nos molesta”, asevera el hombre en plena conquista, “desconfiamos tanto de la humanidad como de nosotros mismos porque conocemos el egoísmo agrio de nuestro carácter oculto bajo las engañosas apariencias de un barniz generoso”.

Y no hace falta conocer a Camilo Torres o la vida completa del Ché para captar lo terrible y certero de su apreciación: algunos creemos que “ya hemos vivido demasiado para correr el riesgo idiota de enamorarnos”; otros, simplemente no nos atrevemos, recelamos de todo aquello que nos comprometa a recibir, pues asumimos que estamos obligados a corresponder en la misma magnitud. Por eso es causa de tantas bromas el matrimonio, y también por eso nos es tan difícil creer en los idealistas que mueren por una causa y, consecuentemente, los matamos. “El Tiempo nos ha traído la sabiduría de la incredulidad y el cinismo.”

Por lo mismo, nuestro personaje no está en condiciones de corresponder o de que le correspondan. Está en un bar. Es sabido que en el bar nadie se escucha, pero nuestro soldado lucha por ser escuchado, por contar a una mujer la historia interminable de sus traumas y al mismo tiempo busca culminar la noche en una cama, en compañía, porque la soledad le asusta, porque la noche se hace larga, porque despiertan los muertos y salen del armario, de bajo la cama, de la funda de su almohada, del edredón... violan, escupen y caminan en muñones bajo sus sábanas. Resulta inverosímil y desatinado intentar un ligue con semejantes historias coladas entre copa y copa, pero la soledad es la madre de todos los absurdos y bajo esta óptica, todo es posible.

Quizá el fantasma más terrible de enfrentar es esta necesidad de ser escuchado. La generación del celular sabe a lo que me refiero. A veces, les basta incluso la ilusión de estar conectados a un chat para sentir atención, si bien es posible (y lo saben) que del otro lado exista apatía, desapego, indiferencia, engaño; quizá porque si hallamos oídos significa que no estamos solos, al menos aparentemente, aunque la realidad sea otra.

Los aparatos nos permiten inventar los gestos, nos evitan ver “lo que no se dice”. Nuestro personaje no tiene celulares, no puede chatear; no le queda más camino que el contacto directo y concluye:

“Siempre he estado aislado, Sofía, durante la escuela, en el instituto, la facultad, el hospital, el matrimonio... las personas miran, no entienden, se marchan, conversan unas con otras lejos de nosotros, olvidadas de nosotros, y nos sentimos solos como las playas de octubre, deshabitadas de pies... Siempre he estado solo, Sofía, incluso en la guerra, sobre todo en la guerra, porque la camaradería de la guerra es una camaradería de generosidad falsa.”

Hay quien dice que la vida es una lucha continua y muchos podremos hallar en nuestro recuerdo momentos en que experimentamos este tipo de sensaciones. De hecho, según se afirman, vivimos en la era del vacío; incluso hay quien piensa que la tecnología, lejos de acercarnos nos ha aislado, como al personaje, y no le falta base a esas opiniones. Más de una vez nos parece que vamos por la vida en el asiento trasero de un auto que sólo tiene bocinas adelante; nos sentimos excluidos, solos, y nos colocamos los audífonos para que la indiferencia sea mutua, o sacamos el celular y mandamos un mensaje intrascendente, que no cambia nada. Estamos como el doctor militar, viviendo entre peces, sin tener claro ya lo que nos mata.

¿Cuántos peces habremos en el mundo muriendo de distintas formas? Los peces somos todos, los humanos comunes, los ciudadanos región cuatro que no pertenecemos a una de las élites privilegiadas de la sociedad, la carne de cañón de los países, los hijos de vecino, los proletarios. Habría que acercarse a esta obra sabiendo eso: todos estamos expuestos a ser los elegidos de un sistema ambicioso, en los distintos campos en que nos desempeñemos. Todos podríamos convertirnos en “perros rabiosos” si nos encuartelan, nos privan, nos violentan. No somos seres especiales, somos peces.

Eso es lo más interesante de esta novela: todo pasa allá, en el culo del mundo, pero también pasa acá, porque todos los países tienen sus territorios olvidados, que suplican, solicitan, piden, radicalmente exigen que les crean que existen; que no los aplasten con sus iniciativas, que los respeten o les den la libertad y, asimismo,

todos tenemos en nuestro cerebro espacios que preferimos no explorar; espacios que sellamos a piedra y lodo para no tener que enfrentarnos con nuestros demonios; aunque cada cierto tiempo alguno de ellos se escape y nos haga la vida difícil, nos vuelva reales, nos suma en depresión o nos altere.

Estamos ante el libro de un narrador penetrante, un “buda en patines” que avanza hacia atrás y se regresa, dejándonos pasmados por su habilidad para saltar del bar a la línea de fuego, de lo emotivo a lo escatológico, de lo poético a lo filosófico. Un escritor que no se conforma con contar historias entretenidas y de aventuras, sino que está empeñado en ponernos en contacto con nuestros bajos instintos, con nuestro ser humanísimo, con nuestro frágil esquema de “seres con principios”.

Desnudos, solos, lejos de la justicia y de la honra, que no son más que “conceptos ... profundos y en definitiva vacíos que la familia, la escuela, la catequesis y el Estado” nos han “endilgado solemnemente” para domarnos mejor, en el culo del mundo hallamos respuestas: “nunca estamos donde estamos” y con frecuencia, tampoco donde imaginan los demás. Somos lo que las circunstancias nos permiten ser y ya se entiende que nos permiten muy poco. Un hombre se hace biológicamente “en cinco minutos y gratis”... y por el mismo precio, también se le aniquila:

“Éramos peces, somos peces, hemos sido siempre peces, equilibrados entre dos aguas en busca de un compromiso imposible entre el inconformismo y la resignación” y “los peces, moríamos en el culo del mundo, unos detrás de otros.”





Muestra de obra
António Lobo Antunes

Textos tomados de *Segundo libro de crónicas*, ed. Mondadori, 2006, España.



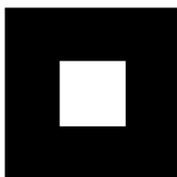
Receta para leerme

Siempre que alguien afirma que ha leído un libro mío, me quedo desilusionado por su error. Ocurre que mis libros no están hechos para ser leídos en el sentido en el que se suele hablar de leer: la única forma me parece de abordar las novelas que escribo es cogerlas del mismo modo que se coge una enfermedad. Se decía de Bjorn Borg, comparándolo con otros tenistas, que éstos jugaban al tenis mientras Borg jugaba a otra cosa. Las que por comodidad he llamado novelas, como podría haberlas llamado poemas, visiones, lo que se quiera, sólo se entenderán si se las toma por otra cosa. Las personas tienen que renunciar a su propia llave la que todos tenemos para abrir la vida, la nuestra y la ajena y utilizar la llave que el texto le ofrece. De otra manera se hace incomprendible, pues las palabras no son más que signos de sentimientos íntimos, y los personajes, las situaciones y la intriga pretextos de superficie que utilizo para llegar al profundo envés del alma. La verdadera aventura que propongo es aquella que el narrador y el lector emprenden juntos hacia la negrura del inconsciente, hacia la raíz de la naturaleza humana. Quien no entienda esto, sólo se quedará con los aspectos más parciales y menos importantes de los libros: el país, la relación entre hombre y mujer, el problema de la identidad y de su búsqueda, África y la brutalidad de la explotación colonial, etcétera, temas si acaso muy importantes desde el punto de vista político, social o antropológico, pero que nada tienen que ver con mi trabajo. Lo más que, en general, recibimos de la vida, es cierto conocimiento de ella que llega demasiado tarde. Por eso no existen en mis obras sentidos excluyentes ni conclusiones definidas: son solamente símbolos materiales de ilusiones fantásticas, la racionalidad truncada que es la nuestra. Hace falta

que os abandonéis a su aparente descuido, a las suspensiones, a las largas elipsis, al sombrío vaivén de olas que, poco a poco, os llevarán al encuentro de las tinieblas fatales, indispensable para el renacimiento y la renovación del espíritu. Es necesario que la confianza en los valores comunes se disuelva página a página, que nuestra engañosa coherencia interior vaya perdiendo gradualmente el sentido que no posee y sin embargo le dábamos, para que nazca otro orden de ese choque, tal vez amargo pero inevitable. Me gustaría que las novelas no estuviesen en las librerías al lado de las otras, sino apartadas y en una caja cerrada herméticamente, para no contagiar a las narraciones ajenas o a los lectores desprevenidos: a fin de cuentas, sale caro buscar una mentira y encontrar una verdad. Caminad por mis páginas como por un sueño porque es en ese sueño, en sus claridades y en sus sombras, donde se irán encontrando los significados de la novela, con una intensidad que corresponderá a vuestros instintos de claridad y a las sombras de vuestra prehistoria. Y, una vez acabado el viaje y cerrado el libro convaleced. Exijo que el lector tenga una voz entre las voces de la novela o poema o visión o cualquier otro nombre que se le ocurra darle para poder hallar reposo entre los demonios y los ángeles de la Tierra. Otro abordaje de lo que escribo se limita a ser una lectura, no una iniciación al yermo donde el visitante verá su carne consumida en la soledad y en la alegría. Esto no llega a ser complicado si tomáis la obra como la enfermedad de la que he hablado más arriba: veréis que regresáis de vosotros mismos cargados de despojos. Algunos casi todos los malentendidos con respecto a lo que hago derivan del hecho de abordar lo que escribo como nos enseñaron a abordar cualquier narración. Y la sorpresa proviene de que no hay narración en el sentido común del término, hay tan sólo amplios círculos concéntricos que se estrechan y aparentemente nos sofocan. Y nos sofocan aparentemente para que respiremos mejor. Abandonad vuestras ropas de criaturas civilizadas, llenas de restricciones, y permitíos escuchar la voz del cuerpo. Reparad en cómo las figuras que pueblan lo que digo no están descritas y casi no poseen relieve: ocurre que se trata de vosotros mismos.

Dije alguna vez que el libro ideal sería aquel en el que todas las páginas fuesen espejos: me reflejan a mí y al lector, hasta que ninguno de nosotros sepa cuál de los dos es. Intento que cada uno sea ambos y que regresemos de esos espejos como quien regresa de la caverna de lo que era. Es la única salvación que conozco y, aunque conociese otras, la única que me interesa. Era hora de ser claro acerca de lo que pienso sobre el arte de escribir una novela, yo que en general respondo a las preguntas de los periodistas con una ligereza divertida, porque se me antojan superfluas: en cuanto conocemos las respuestas, todas las preguntas se vuelven ociosas. Y, por favor, abandonad la facultad de juzgar: una vez que se comprende, el juicio termina y nos quedamos, sombríos, ante la luminosa facilidad de todo. Porque mis novelas son mucho más sencillas de lo que parecen: la experiencia de la antropofagia a través del hambre continua, y la lucha contra las aventuras sin cálculo pero con sentido práctico que son las novelas en general. El problema es que les falta lo esencial: la intensa dignidad de un ser entero. Faulkner, de quien ya no me gusta lo que me gustaba, decía haber descubierto que escribir es algo muy hermoso: hace a los hombres caminar sobre las patas traseras y proyectar una sombra enorme. Os pido que os fijéis en ella, comprendáis que os pertenece y, además de comprender que os pertenece, que es capaz, en el mejor de los casos, de dar nexo a vuestra vida.





Retrato del artista joven II

Nunca olvidaré el comienzo de mi carrera literaria. Fue súbito, instantáneo, fulminante. Iba yo en tranvía hacia Benfica, después de una tarde educativa más en el liceo Camões, especie de campo de concentración aterrador e inútil, cuando, a la altura de Calhariz, me cegó una evidencia sorprendente: voy a ser escritor. Tenía doce años, preparaba una carrera de genio en el hockey sobre patines, vacilaba en convertirme en Spiderman o en Flash Gordon, me inclinaba por Spiderman porque saltaba edificios y en esto la llamada, la vocación, la certidumbre de un destino sin ninguna relación con mis proyectos, mis sueños, mis devaneos de músculos y de bastonazos. Pero el camino de Damasco es el camino de Damasco y uno se topa con san Pablo no por gusto sino por obediencia. Y, por obediencia, antes de entrar en casa fui a la tienda del Careca a comprar un cuaderno de papel de tina de treinta y cinco líneas, subí a mi habitación, me senté a la mesa y entré de inmediato a la inmortalidad con unos cuantos cuartetos. Al día siguiente, solté unos sonetos. Debían de ser malos porque, al mostrárselos a mi madre, recibí la mirada de pena que se concede a los lisiados y a los tontos irremediables. Alentado por este simpático estímulo de la autora de mi existencia, hice la prueba con un cuento: nueva mirada de pena. Un poema imitado de Camilo Pessanha que, como todo el mundo sabe, es muy sencillo: me pareció que la mirada de pena se teñía de la alarma de haber parido a un mongoloide. Busqué consuelo en mi hermano Pedro, que, por haber cumplido nueve años, se me antojó, con razón, capaz de evaluar mis intentos. No me equivoqué: desde el vértice de su inmensa experiencia, Pedro, que nunca hablaba, se quedó callado. Pero se entreveía claramente en su silencio la admiración

por el genio. Le anuncié que estaba componiendo un libro y la mudez de Pedro aumentó, señal de asentimiento y admiración, más allá de que Pedro, aún hoy, nunca contradice a los imbéciles. A veces, a lo sumo, sonrío. Y en su sonrisa encontré, de inmediato, respeto y entusiasmo. Acabé el libro. Lo llevé al patio y lo quemé. Cuando acabó de arder, la sonrisa de Pedro creció. Solo se puso serio en cuanto yo, removiendo las cenizas con el desprecio del pie, lo amenacé con una nueva obra. Pero, claro, su seriedad solo traducía la expectativa ansiosa de los fans incondicionales. Me ocupé de llenar un nuevo cuaderno de papel de tina. Por la ventana vi a Pedro, abajo, contemplando las cenizas y chupando caramelos. Los caramelos sólo constituyen un problema en el caso de las dentaduras postizas. Entre los doces y los trece años pergeñé unas cuantas obras de diversa índole, todas ellas notables: novelas, odas, piezas de teatro. A los catorce era un autor experimentado. Seguro de la excelencia de mis secreciones las envié al *Diário Popular*. Un señor que nunca llegué a conocer pero era sin duda una persona benévola

tal vez sea preferible llamarlo piadoso

publicó algo de aquella basura en una sección o algo semejante que se llamaba "Antología de revelaciones." Un resto de sentido común me aconsejó usar un seudónimo, casi de gusto tan fino como las patrañas que le mandé. Al verlas impresas me asaltaron las dudas: comenzaba nebulosamente a entender que existía una diferencia entre escribir bien y escribir mal. Más tarde, al darme cuenta de que existía una diferencia aún mayor entre escribir bien y la obra de arte, la angustia fue completa. Me sentí estúpido

era solo un Pendejo

volví al principio y nunca más le mostré a nadie lo que hacía. Durante veinte años, trabajé diariamente mis deyecciones, perplejo y angustiado, con la insatisfacción que aún me dura y alguna rara alegría que, al releer en frío, me parecía tonta y fuera de lugar. Comencé a afeitarme. Acabé una carrera que nunca me interesó. Fui a la guerra. Volví de la guerra. Pasé nueve años con una novela inservible. Y de repente, sin que me resultase claro por qué o

cómo, un feto cualquiera dio una voltereta en mi barriga y comencé *Memoria de elefante*, *En el culo del mundo*, *Conocimiento del infierno* y otras más, hasta la que comencé en julio de este año. Pero esta última parte de mi aprendizaje no tiene gran interés. El que me gusta es el otro, el de los cuartetos, el de las odas patrióticas, el cliente de la tienda del Careca, el que a fuerza de comprar cuadernos de papel de tina merecía que le desplegasen una alfombra roja cada vez que se abría camino entre las alubias y las patatas con dos monedas en la palma. Espero que aún perdure dentro de mí con su inocencia, sus certidumbres y su necesidad inconmovible, sacrificando las alegrías de Spiderman a su destino creía él

escritor, o sea un pelma aferrado a la estilográfica, incapaz de saltar un edificio por más pequeño que sea, convencido, con la columna inclinada, de haber desvelado el misterio de los seres y de la vida y sin ninguna capacidad para Flash Gordon, es decir, viajar de planeta en planeta con una mandíbula de tres cuartos ala de rugby, blindado, a costa de una eficaz estrechez, contra las laberínticas complejidades del alma.





Día de san Antonio

El día de san Antónío era el cumpleaños de la persona más importante de mi infancia, por consiguiente de mi vida. Aún hoy, cuando estoy inquieto o preocupado, converso con él, aún hoy no pasa una semana sin que lo recuerde, sin que lo vea nítidamente, sus manos, su sonrisa, su mirada, su voz. Era monárquico, católico, conservador, salazarista. Consideraba el hecho de que yo escribiese una mariconada tremenda. Fue hasta el último momento de su vida un oficial de Caballería autoritario y colérico. Trataba a los desconocidos de tú y de Teniente: sentado al lado del chófer gritaba a los otros automóviles

—Eh, Teniente, a ver qué haces con esa mierda prevenía al chófer mencionado cuando se acercaba al parachoques del que se iba delante

—¿Cuántas veces te he dicho que no le huelas el culo a los coches?

Pero si yo me atrevía a pronunciar la palabra tío o la palabra coñazo se ponía furioso por mi mala educación. No le interesaba el arte, le interesaba el hockey. La placa del timbre del portón anunciaba con orgullo “Lobo Antunes” con mayúsculas grabadas, fue esnob, se enorgullecía de ser el descendiente del señor vizconde de Nazaré, me hacía sentir que ese honor me cabría más tarde, se irritaba porque el vizcondado no representase nada para mí y vivía rodeado del guardés, el jardinero, las criadas, una corte de *mujicks* para él natural y para mí rarísima y, a pesar de todo, no conocí a nadie tan valiente, tan generoso, tan profundamente bueno, tan honesto y tan tierno. Si alguna vanidad me queda es la de usar su nombre, si algún modelo me ha quedado en su ejemplo

de seriedad y arrojo. Se jugó el pellejo y perdió el futuro en la revolución de Monsanto, y recomenzó sin un ochavo trabajando en una fábrica de conservas en Tángers. Hijo de una familia riquísima del látex de Brasil, a la que destruyeron la enfermedad de su padre y los cauchales de Brasil, resurgió de la nada con una tenacidad ejemplar. El último lamento que tal vez le oí, él tan alegre siempre, tan enérgico, tan decididamente feliz, fue cuando, ya muy enfermo, llevó su mano a mi cuello

 nunca nadie me hizo caricias como esa

 y me sonrió, consumido y flaco y, no obstante, indestructible:

 —Me da tanta pena dejaros a todos

 y siguió sonriendo y habló de otra cosa. Después de su muerte encontré, guardados por orden en un cajón, mis dibujos infantiles, mis cuadernos del colegio, las cartas que le escribí, el examen del tercer curso que corrí a regalarle, debidamente dedicado

 A mi abuelo, de António

 y lo recibió con un silencio conmovido. Hace poco encontré al chófer

 —¿Cuántas veces te he dicho que no les huelas el culo a los coches?

 ahora viejo, que me habló de él llorando. Hace aún más tiempo, en la sala del señor José, el guardés, que me pidió que entrase insistiendo en que me bebiese una cerveza

 —Una cerveza, muchacho

 y le aceptase sus atenciones, me encontré con su foto entronizada en la pared, y la mujer del señor José, vanidosa, señalándolo con un orgullo de estampa piadosa

 —Mi señor

 de modo que hoy, día de san António, una vez más me nostalgia de él. Nostalgia de cuando estábamos en la Feria Popular, en el Coliseu, donde a la entrada lanzaba a los nietos su orden de capitán

 —Todos a mear

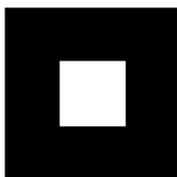
 en Padua, junto a la tumba de su santo

 —Prométeme que traerás aquí a tu hijo

en el picadero del Séptimo de Caballería que yo detestaba, en los helados de Santini, en las terrazas donde permitía que yo mezclase zumo de naranja con mariscos, en las tías de Brasil hace tanto tiempo difuntas. De modo que hoy, una vez más, conversé con usted. Fui a la iglesia solo, a buscar su clavel, me puse el anillo del vizconde en el dedo, le sonreí a la fotografía

—Me da tanta pena que nos haya dejado a todos y después, porque sé que detestaba los baboseos, seguí sonriendo y hablé de otra cosa. Si se fija bien, se dará cuenta de que no estoy triste. Quédese tranquilo: no soy ningún marica.





Sobre Dios

Cuando le preguntaron a Voltaire cómo era su relación con Dios respondió:

—Nos saludamos pero no hablamos

y creo que, por mi parte, no ando lejos de eso, porque hay cosas que me parecen muy injustas. Fui niño de coro y la iglesia me asustaba, grande, solemne, llena de misterios y corrientes de aire, que me hacían comparar la religión con un sitio ventoso de donde salía estornudando. Las velas de los altares se encontraban siempre inclinadas por brisas contradictorias, las cortinas, un poco raídas, ondulaban constantemente, los bancos incómodos, me hacían doler la espalda. Muchas señoras llevaban cojines para las rodillas y los hombres, al incorporarse, se sacudían el polvo de los pantalones, lo que me llevaba a pensar que Dios no era muy limpio o en todo caso había contratado a una asistente incompetente. Mi madre era mucho mejor en la elección del personal, y este fallo divino me confundía. El hecho de que Dios fuese un jefe negligente me apartaba de él. El sacristán, por ejemplo, andaba por ahí sacudiendo los mártires de los altares con un cepillo perezoso, infectaba las heridas de san Roque que exigían agua oxigenada en lugar de cerdas, y no había santo que no usase sandalias y no tuviese, por lo menos, uno de los dedos del pie astillado. Sandalias horribles de turista holandés y túnicas descoloridas, que me mostraban que el cielo era un sitio a mitad de camino entre la playa de la Cruz Quebrada y un camping pobre, donde los bienaventurados comían conservas y llenaban todo de cáscaras. El lado suburbano de Dios me disgustaba y su retrato, en el librito del catecismo, aumentaba el disgusto: un señor hirsuto, encaramado en una nube y sosteniendo relámpagos en su mano como los electricistas, al

cual nadie, con un poco de sentido común, le abriría la puerta si se lo encontrase de pie en el felpudo. Era imposible imaginarlo en la sala con mi familia: que las visitas, al entrar en medio de copiosos besos efusivos, se encontrasen con aquel vagabundo desaliñado, la perplejidad de mi padre

—Le presento a Dios, doña Ángela

el vagabundo que se incorporaba de la nube con un asomo de delicadeza inesperada, tendía una palma inmensa con uñas dudosas que obligaba a las visitas a limpiarse disimuladamente en el pañuelo, y pasaban la tarde en compañía de un ser extraño que en vez de hablar lanzaba profecías en un lenguaje laberíntico, se jactaba de haber matado a su propio hijo, se despedía

—Hasta mañana si yo quiero

después de constiparnos a todos con esas corrientes de aire traicioneras, y en lugar de salir por el porche atravesaba el techo para irse a cabalgar en su nube de escayola y nos dejaba torcida la araña. Mi madre servía el té disculpándose y disculpándolo

—Pobre, es la edad, ya tiene tanto miles de años

las visitas criticaban su ropa y su desaliño, sugerían que se hablase con el párroco para organizar una colecta y conseguirle en Navidad un trajecito decente, pero el párroco, aunque servil con los ricos piadosos, comentaba

—Le gustan los saltamontes y la miel silvestre, qué se le va a hacer

y como quien come saltamontes está un poco seco de mollera, se sugería internarlo en una residencia, con enfermeras vigorosas y poco proclives a gripes, que le sirviesen a Dios una sopita con bastante repollo y un poco de carne

(el repollo es más barato que la carne y la verdadera caridad debe tener en cuenta estos detalles porque el dinero no se estira, como no se cansaba de repetir mi madre, enseñándonos a distinguir un billete de quinientos de un chicle)

le quitasen el polvo, que había dejado allí el cepillo del sacristán, con una ducha eficaz, y lo pusiesen a dormir entre sábanas lavadas y sin ninguna botella cerca, induciéndolo a un nuevo

reguero de profecías, sabiendo, como se sabe, que el vino lleva a la manía de grandeza y a los discursos pomposos. Un Dios impecable, vestido con cheviot, sin una franja de piel entre el pantalón y el calcetín cuando se cruzase de piernas, capaz de jugar al bridge si faltase un jugador, con una nube hortera sustituida por un sillón de orejas, que considerase a los saltamontes malísimos para la digestión y que prefiriese a la miel silvestre una mermelada casera de confianza. Alguien, en definitiva, a quien se le abriese la puerta al encontrarlo de pie en el felpudo

—Pase usted, Dios

y fuese posible presentárselo a las visitas como un pariente decrepito pero digno, en lugar de llevarlo a la cocina

—Tenga paciencia

a comer con las criadas, después de apoyar su haz de relámpagos en el regazo como un paraguas al que le faltasen varillas.



▣ **Mariño González**

(Guadalajara, 1977). Egresado de la carrera en Ciencias de la Comunicación, trabaja como periodista desde hace más de diez años. Actualmente labora en el diario *Público-Milenio*, donde se ha desempeñado como reportero, columnista y, desde 2007, editor de la sección Cultura. En el periodo 2006-2007, su proyecto *Pésimas personas* contó con una beca del Programa de Estímulos a la Creación y al Desarrollo Artístico. Es autor del volumen de cuentos *Vietnam* (Ediciones Arlequín/Universidad de Guadalajara, 2005). Relatos suyos han sido incluidos en las antologías *¿Quién despertará al final de mi sueño?* (Rayuela, 2007), *Cruce de líneas* (Paraíso Perdido, 2007) y *El futuro no es nuestro* (publicada por la revista virtual *Pie de Página*). Un ensayo suyo, "Topógrafo de la sordidez", apareció en *Acercamientos a Rubem Fonseca*. Premio Juan Rulfo 2003 (UdeG, 2003).

▣ **Margarita Alfaro López**

Es licenciada en Ciencias de la Comunicación con especialidad en Publicidad, egresada de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Se ha desempeñado como publicista y periodista. Actualmente labora como docente y jefa del Departamento de Lengua y Literatura de la Preparatoria 14. *Tierra mojada*, su primera novela, fue publicada en Jalisco en 2005, y se encuentra preparando una segunda novela y un libro de cuentos.

Otros títulos de esta colección

- 1991** Nicanor Parra
- 1992** Juan José Arreola
- 1993** Eliseo Diego
- 1994** Julio Ramón Ribeyro
- 1995** Nélida Piñón
- 1996** Augusto Monterroso
- 1997** Juan Marsé
- 1998** Olga Orozco
- 1999** Sergio Pitol
- 2000** Juan Gelman
- 2001** Juan García Ponce
- 2002** Cintio Vitier
- 2003** Rubem Fonseca
- 2004** Juan Goytisolo
- 2005** Tomás Segovia
- 2006** Carlos Monsiváis
- 2007** Fernando del Paso

